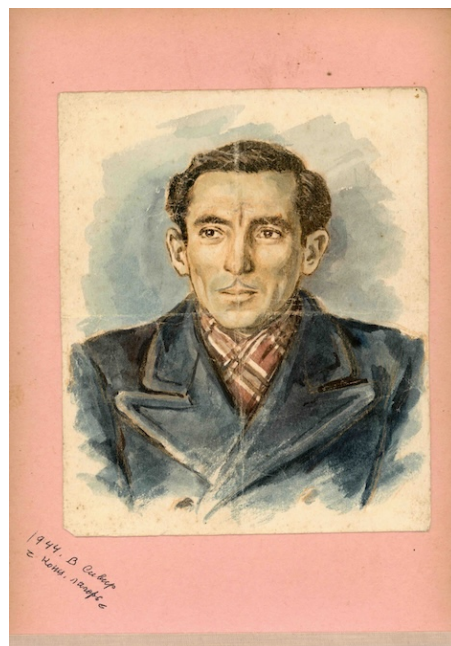


De Teniente de La República a prisionero en el Gulag soviético: el periplo de Gonzalo Barrena Blanco.

Gonzalo Barrena Diez

16 de noviembre, 2021

Hubo diversos itinerarios de españoles atrapados entre el franquismo triunfal y el nazismo en auge, a la búsqueda de asilo en los campos de refugiados franceses, norteafricanos o en la lejanía de los países latinoamericanos. El complejo itinerario de mi padre, Gonzalo Barrena Blanco, es un buen ejemplo de ello.



A sus 19 años lo sorprende la guerra civil en Sigüenza (Guadalajara), donde ejercía su padre como maestro, al igual que mi otro abuelo. Con el grado de Sargento, combate en los campos de Castilla y en Extremadura, para acabar la contienda con el grado de Teniente... y prisionero en un campo de concentración en el norte de Aragón. De ese enclave aragonés, mi padre y algunos otros que no puedo precisar, logran escapar y cruzar a Francia, a través de Los Pirineos. En Francia son alojados en uno de los espacios para refugiados que se habilitaron para acoger a la población civil que huía de la temida represión franquista. Mi padre recordaba el tiempo en el campo de refugiados como un verdadero alivio, entre la paz y alimentos providenciales que encontraron en el sur de Francia.

Pero otra sacudida del destino interrumpió aquella realidad. Hitler decide invadir Francia y el ejército alemán obedece su locura: en pocos meses son ocupados la casi totalidad de los territorios europeos occidentales. No dispongo de una fecha para el momento, pero cuando los nazis llegan al campo en que se encuentra mi padre, obligan a los refugiados a una elección excluyente: o volver a España o acompañarlos a los trabajos (forzados) del frente. Mi padre eligió esta opción y consiguió, no se muy bien cómo, llegar al frente del Este, al frente ruso, con el fin de pasarse al otro lado en cuanto le resultase posible. Allí, cerca de Leningrado, coincidió con otros españoles de distinto signo político: los soldados y oficiales de la División Azul, oficialmente conocida como División Española de Voluntarios (DEV).

La División Azul fue un extraño ente político-militar donde se pueden reconocer tres contingentes -por lo menos- de diversa naturaleza: un conjunto de soldados y oficiales identificados con la causa fascista y obsesionados con el anticomunismo; por otra parte, un colectivo de

soldados o civiles con ascendiente republicano, que intentaban evitar con su alistamiento la represión que se cernía sobre ellos o sobre sus familias; y una tercera masa de difícil cuantificación, formada por jóvenes muchachos sin expectativa de futuro ni información cierta, que acabaron enrolados en aquella locura geográfica y militar. Con la División Azul, Franco aseguraba a Hitler su alineamiento y se libraba de un compromiso bélico que ni él ni las derechas españolas deseaban adquirir. Y así marcharon, en sucesivos alistamientos, 45.000 soldados camino del frente soviético. 5.000 encontraron la muerte en territorio ruso y cerca de 400 fueron hechos prisioneros por el Ejército Rojo. Los españoles capturados pasaron once años de su joven vida presos en los campos de concentración soviéticos.

Entre esos prisioneros, en campos de trabajo perdidos en las estepas siberianas, estaba mi padre. Él, como adelanté, había sido destinado a trabajos en el frente ruso, donde coincidió con los soldados de la División Azul, y donde estuvo poco tiempo, pues llevaba la intención de pasarse al lado “rojo”, del que se sentía afín. Lo acompañaron otros soldados de la División Azul que aparecen en las crónicas injustamente calificados como “desertores”. Ellos y mi padre cruzaron cuando les resultó posible la línea de fuego. Si considero injusta la calificación de “desertores” es por el error de raíz que supone combatir como aliados de Hitler, en una guerra desatada contra la humanidad y de la que fueron cómplices -y víctimas a un tiempo- la propia población alemana, civil o militar, y aquellos soldados españoles perdidos entre la guerra y el frío. Darse cuenta allí de ello, y abandonar la barbarie, no es una deserción sino un acto lógico, ético, mientras que seguir combatiendo al lado de los nazis era, en el mejor de los casos, puramente inercial.

Lo que no sabían, ni mi padre ni quienes lo acompañaron en el arriesgado acto de cruzar a nado el río, abrazados a unos troncos entre el fuego de ambos bandos, era que nadie en las filas soviéticas estaba dispuesto a creerlos; y mucho menos, lo que les esperaba: once años de reclusión en campos de trabajo, repartidos por diversos enclaves mineros o industriales de Asia, que fue lo que ocurrió; y precisamente allí, en esos destinos, volvieron a coincidir los españoles que se habían pasado al sector soviético, con los soldados de la División Azul posteriormente capturados por los rusos en combate. Los que se habían entregado voluntariamente -los supuestos desertores- y los capturados, constituyeron un número cercano a 400, que cohabitaron en diferentes campos y etapas de la reclusión.

A pesar de ser todos ellos españoles y de verse afectados por idéntica penosidad, alimentación y rigor térmico, perpetuaron en el interior de los campos la confrontación. Los oficiales de vocación falangista se percibían a sí mismos como “resistentes”, y cultivaron el ideario, mientras que los “antifas” (antifascistas) se alineaban con el pensamiento comunista y la esperanza de obtener la libertad de movimiento por el territorio soviético.

Hubo tensión y enconamiento en los campos, a pesar de que se cernieron sobre todos ellos once años inclementes y en común. El régimen no era el de un encarcelamiento estricto. Vivían en barracones, trabajaban en las minas, estaban sujetos a una disciplina militar y la barrera no era otra que las estepas, heladas varios meses, otros casi desérticas, que conducían a ninguna parte. Los oficiales españoles, con la España de Franco inasequible y la evolución de la guerra cada vez más favorable a los aliados, veían alejarse las posibilidades de repatriación, y la amargura que destila su memoria -la de todos- cuando revisan ese decenio de sus vidas, tiene razón de ser.

Con todo y con ello, entre los días de aquellos jóvenes, no solo hubo tristeza o presidio: construyeron amistades, simpatías, relaciones con mujeres presas de otras nacionalidades o con residentes en la zona. Trabajaron, escribieron, dibujaron...y un día, tras la muerte de Stalin, se abrieron conversaciones discretas entre representantes del gobierno soviético y del español. La liberación de los prisioneros, urgida por sus familiares desde España y con muchos de ellos adictos al Régimen, junto a la posibilidad de repatriación de los “niños de la guerra”, engrasaron la negociación. Y así fue como Jrushchov y Franco sellaron el acuerdo y pudieron regresar en

1954, a bordo del buque Semíramis, los soldados de la División Azul. La recepción por parte de Franco fue contenida, ambigua, ya que en aquellos años el dictador intentaba diluir su complicidad con el nazismo y evitar las imágenes en las que se entremezclaban profusamente los uniformes españoles con las cruces gamadas.

Varias decenas de españoles, poco identificados con el ideario “azul” y menos aún -o nada- con la España de Franco, decidieron quedarse en territorio soviético. Mi padre era uno de ellos y, junto a un pequeño grupo del campo de Borovich, que se habían enterado de la existencia de una colonia española en Tbilisi y del apetecible clima de Georgia, decidieron viajar hacia allí, una vez obtenida la libertad de movimiento.

Cuentan los compañeros de mi padre que, paseando por la ciudad, vieron a unas chicas que les resultaron atractivas. Formularon algún comentario en español y una de ellas se volvió advirtiéndoles que los entendían. Varios de ellos acabaron casándose con aquellas “niñas de la guerra”, ya mujeres todas ellas, mientras avanzaba el proceso de repatriación. Mi padre se casó con mi madre en 1954 y en 1956 nací yo. Seis meses después, retornamos a España, la tierra patria a la que casi todos ansiaban volver. Mi familia se instaló en la casa de sus abuelos, en Cangas de Onís, desde la que están escritas estas líneas.